

Rose Gate

SI CAIGO EN LA
TENTACIÓN,
QUE PAREZCA
UN ACCIDENTE



*Si caigo en la tentación,
que parezca un
accidente*

Rose Gate

Esencia/Planeta

© Rose Gate, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Viktor Prymachenko y Tomertu, Shutterstock.
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: enero de 2020
ISBN: 978-84-08-21908-8
Depósito legal: B. 25.798-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



Bip, bip, bip.

Bip, bip, bip.

Bip, bip, PUM.

Vuelvo la cabeza palpando con la lengua, un hilillo de saliva se ha secado en la comisura de mi boca; menos mal que por lo menos esta vez es mía y no del gato.

Miro a mi lado y ahí está *Lucifer*. No tiene ese nombre porque sí, ese gato es el mismísimo Satán envuelto en angora, una adorable bola de pelo llena de problemas y traumas gatunos.

Lo recogí un día en plena tormenta, cuando regresaba del trabajo. Estaba bajo un coche, tan tembloroso como yo, pues a ambos nos había pillado el aguacero y ninguno de los dos teníamos vehículo, o por lo menos uno que fuera de nuestra propiedad. Me costó Dios y ayuda subirlo a mi piso, situado en una finca antigua del barrio de Gràcia, en Barcelona. Pero cinco arañazos después logré que *Lucifer* entrara en casa, lo sequé con una toalla y un secador, devolviéndole todo su esplendor, y le di de comer.

Después de ese primer encuentro, y tras darse cuenta de que en mi casa viviría a cuerpo de rey, *Lucifer* decidió quedarse y yo lo acogí encantada; por lo menos me haría compañía.

Vivía sola desde hacía un año, era una nini, pero no una de las que ni estudian ni trabajan, sino más bien de las que no son ni esto

ni aquello. «Aprendiz de mucho, maestra de nada», decía mi madre. Mal que me pesara, tenía razón.

Era nativa de Villapene, una aldea del municipio de Cospeito, Lugo, que contaba con sus loables ciento sesenta y un vecinos, que, para tranquilidad de todos, eran nacidos en Villapene, como yo.

En fin, que en mi aldea no tenía futuro, o por lo menos no uno que yo deseara, y como no sabía qué quería hacer con mi vida, pues era muy indecisa, me vi terminando el instituto y rogando a mis tíos de Barcelona mudarme allí con ellos. Por lo menos, seguro que tendría más futuro y opciones donde elegir.

Mi madre no me puso muchas trabas, al fin y al cabo me marchaba a vivir con su hermana pequeña. Aceptó esperando que se me pasara la edad del pavo y regresara a Villapene con el rabo entre las piernas (obviamente el mío, y no el de un hombre).

Si a algo le tenía pavor mi madre era a que no llegara virgen al matrimonio y que cualquier desalmado me hiciera un bombo. «Los bombos, para las procesiones —decía siempre—. A ti que nadie te hurgue ahí abajo, que después de eso son nueve meses de embarazo.» Su sabiduría popular era muy extensa.

Así que me fui a Barcelona un tanto acongojada y asustada por si los hombres en la gran ciudad iban con su elemento fuera de los pantalones, esperando la mínima oportunidad para dejarme embarazada, y que ése fuera el billete directo a mi regreso a la aldea.

Cuando sales de un lugar tan pequeño y caes en la gran urbe, los impulsos que recibe tu cerebro son tan bestiales que la dejan a una media loca. Y así me quedé yo, en un lugar parecido al limbo que no me dejaba ir ni hacia delante ni hacia atrás. Nunca había sido mucho más guapa ni más lista que las demás; era de lo más normal, así que me quedé pajareando, despistada como pollo sin cabeza, correteando de un lugar a otro desde los dieciocho hasta los veintitrés que tenía ahora.

No encontraba mi espacio en el mundo ni qué hacer en él. Eso sí, no me quedé quieta ni por un instante, lo probé prácticamente todo.

Como no tenía experiencia, ni oficio ni beneficio, el abanico de trabajos fue poco más que embriagador.

Mi primer empleo: modelo de pies.

Un día, en el metro y en pleno verano, me encontré con un tipo que no dejaba de mirarme las sandalias. Estábamos sentados uno enfrente del otro con el vagón medio vacío; en un principio pensé que tal vez tuviera una plasta de perro pegada a la suela, así que giré el pie disimuladamente esperando encontrar una desagradable sorpresa, pero no fue así. Cierto era que no estaba reluciente, se podían apreciar restos de humanidad en ella, pero nada fuera de lo habitual.

Después me planteé que había andado mucho, quizá me habían sudado en exceso y al señor le llegara el olor. Gracias a mi elasticidad, que bien podría haberme llevado a ser contorsionista del Circo del Sol, me doblé en dos disimuladamente, intentando hacer ver que algo se me había caído al suelo. Cuando tuve mi objetivo cerca aspiré profundamente sin notar nada extraño. Aproveché para echar un vistazo a mis uñas, no fuera a ser que fueran tamaño mejillón en época de mariscar, o que me hubiera salido un juanete descomunal. Nada, mis pies eran los de siempre, finos, alargados, con aquellos cinco deditos simétricos que parecían estar ordenados de mayor a menor con total exactitud. Entonces ¿qué le pasaba a aquel tipo? ¿Por qué seguía con la vista fija en ellos? Para mi consternación, el hombre se levantó sin desviar la mirada, por poco le doy una patada en sus partes y grito en el vagón que era un perverso, tal como me había aleccionado mi prima Jud. Por suerte, lo primero que hizo fue tenderme su tarjeta y presentarse, excusándose por no haber podido apartar la vista del hallazgo del año, según él.

Al principio no lo creí, pensé que se trataba de un tarado y que si me presentaba en esa dirección me secuestrarían para llevarme a algún prostíbulo de carretera como salía en las noticias, pero nada más lejos de la realidad, nunca había tenido buen ojo para juzgar a la gente. Otra de mis inconmensurables virtudes, siempre creía en

la bondad de la humanidad, hasta que me encontraba con un mal-dito puñal clavado en la espalda.

En fin, en cuanto llegué a casa se lo conté a mi prima Jud, que, ni corta ni perezosa, lo buscó por internet. Resultó que toda la información que aparecía en aquella minúscula tarjeta era cierta. Matías Pie Grande resultó ser el nombre auténtico del agente, aunque pareciera una tomadura de pelo, y yo, de la noche a la mañana, me vi convertida en su modelo principal. Devor-Olor, Peusek o Dr. Scholl se morían por que apareciera en sus campañas, eso sí, de tobillos para abajo.

Pero todo tiene su parte negativa y me cansé de la ardua vida de los modelos de pinreles, pues sus caras atenciones copaban mi vida y mis ahorros. Podólogo, esteticista, masajista, cremas... Nada era suficiente para tenerlos perfectos y sin grietas; todo lo que ganaba en una campaña me lo pulía para su cuidado, y no tuviera un repelón o un ojo de gallo, porque te echaban de inmediato.

Así que, como no estaba dispuesta a tanta presión para tan poco beneficio, me pasé al mundo de las axilas.

«Se busca testador de axilas —decía el anuncio del periódico—. No es necesaria experiencia previa, imprescindible buen olfato. TRABAJO BIEN REMUNERADO.»

«Ése es el mío», pensé yo.

Pues bien, tras la entrevista, que consistió en demostrar que con los ojos vendados era capaz de discernir entre el aroma de un huevo podrido, un limón, calcetines usados y una rosa, el entrevistador dijo que tenía un talento innato para descifrar los intrínquilos de los aromas; supongo que también ayudó que fuera la única en la salita de espera dispuesta a hacer la entrevista. El señor Bocanegra me dio un fuerte apretón de manos para asegurarse de que cerrábamos el trato y formaba parte de su nueva plantilla.

—Bienvenida al apasionante mundo de las axilas, señorita.

Hasta ahí era a donde me había llevado mi fino olfato, a olisquear axilas ajenas para ver si el desodorante era tan bueno como ese tal Rexona que en su campaña dice que no te abandona.

A los modelos de axilas se les pedía cierto grado de «emisión aromática», es decir, que había desde los que les olían a rosas hasta los que parecía que una mofeta les hubiera sacudido un buen zambombazo.

Según el apasionante mundo de los olores, el ser humano es capaz de discernir entre ciento cuarenta y cuatro aromas distintos, aunque las categorías quedaban resumidas en diez: fragante o floral, leñoso o resinoso, frutal (no cítrico), químico, mentolado o refrescante, dulce, quemado o ahumado (como las palomitas de maíz), cítrico, podrido, acre o rancio.

Las últimas dos categorías eran las peores, y si teníamos en cuenta que a los modelos los hacían correr en una cinta hasta sudar como pollos, una vez en el punto exacto, sin vestigios de desodorante o jabón en su cuerpo, para que la menda lerenda pasara alerón por alerón inspirando con fuerza, os podéis imaginar.

En resumen: el apasionante mundo de las axilas tampoco era lo mío. Harta de husmear en sobaco ajeno, cambié de trabajo, no sin antes decirle al señor Bocanegra que el producto era un fraude: aquel desodorante era más malo que la madrastra de Blancanieves.

Y así pasé por un sinfín de trabajos más: degustadora de comida para mascotas, recolectora de gusanos para una empresa de cebos de pesca; mascota de fiestas infantiles, vendedora de productos cosméticos a domicilio, rescatadora de pelotas de golf y sexadora de pollos. En fin, que la lista de empleos no tuvo desperdicio, hasta que me quedé con tres, los más llevables hasta el momento, con los que más dinero había logrado ganar y que me permitieron independizarme cinco años después de mi llegada a la gran ciudad. No era plan que mi prima se hubiera marchado de casa y yo siguiera viviendo con mis tíos.

En la actualidad era telefonista en una línea erótica por las noches, vendedora de seguros de decesos de día y monitora de yoga por las tardes; en fin, que apenas me quedaban horas para vivir.

El único empleo para el que tuve que estudiar fue para dar clases de yoga, hice un curso para poder impartir aquella disciplina que

tanto me gustaba. Empecé a ir con mi prima como alumna a un centro cercano al piso, porque mi tía decía que éramos dos polvorillas y necesitábamos aprender a relajarnos. Acabé sacándome el título, pues la profesora decía que tenía muchas aptitudes. Mientras yo practicaba las asanas y mi prima aprovechaba para liarse con ella, nos pasamos una época en la que apenas salíamos de allí con la excusa de estar aprendiendo el saludo al sol.

Jud, que así se llama mi prima, decía que mi problema era que parecía que tuviese una guindilla metida en el culo. Tal vez fuera verdad y por eso era incapaz de llevar nada a término, aunque yo seguía pensando que todavía no había encontrado aquello que me apasionara de verdad y que ése era mi mayor problema.

En fin, era lunes y acababa de darle uno de mis míticos manotazos al despertador para lanzarlo contra el suelo y causando un homicidio involuntario; era el cuarto que moría en mis manos ese mes, tras comprarlo en el bazar del chino de debajo del piso, y no podía permitirme otro más. A ese ritmo mi sueldo se iría en despertadores.

Me desperecé en la cama, apenas había dormido cuatro horas, que era mi tope para poder pagar los ochocientos euros de renta del piso. Vivir en Barcelona era una ruina, los alquileres estaban por las nubes y o te matabas a trabajar y te conformabas con compartir piso, o debías seguir viviendo con la familia. Jud vivía con su pareja, una guapísima tatuadora, así que yo no iba a gorronear más a mis pobres tíos. O dormía poco y curraba mucho o me volvía a la aldea.

Tenía claro que no podía seguir abusando de su hospitalidad, y como Villapene no era una opción, curraba de sol a sol en busca de mi destino, que mira que le gustaba esconderse al hijo de su madre.

Con los ojos llenos de legañas, me calcé mis zapatillas de conejita y fui directa a la ducha.

Vivía en un piso de apenas cuarenta metros cuadrados, compuesto por una habitación con vistas al patio de luces, cocina americana integrada en el salón y un baño que funcionaba día no, día tampoco. Estaba harta de quejarme al casero por el tema de la du-

cha, o tenía poca presión, o mucha, o me escaldaba como un pollo o me congelaba como un polo; «ducha sensaciones», la llamaba yo, porque nunca sabías con qué sensación te ibas a largar al trabajo ese día.

Me metí en el minúsculo cubículo cerrado por una cortina del bazar Le Lin y abrí el grifo del agua. «Mmmmmm, hoy está en su punto», una cosa que me salía bien. Comencé a enjabonarme el pelo tarareando *La cintura* de Álvaro Soler. Era una manía, siempre cantaba y bailaba dentro de la ducha, lo cierto era que no se me daba mal del todo, cadera hacia aquí, onda hacia allí, golpe de cabeza. Estaba en pleno apogeo, como si fuera Shakira en concierto, cuando lo oí y resoplé al instante.

Mi vecino de arriba, alias *el Superfollador*, ya le estaba tatuando las baldosas de la ducha a alguna descerebrada. Estaba claro que algo muy grande debía de tener entre las piernas, porque los gritos de aquella loca del madroño, por no decir otra cosa, me taladraban como un martillo percutor.

¡Santa Virgen del Orgasmo Encontrado! ¡Si me vibraban hasta las paredes del útero!, y no del gusto precisamente. El HDP del vecino hizo lo peor que podía hacer, abrió el agua de la ducha mientras yo estaba llena de jabón, y, cuando hacía eso, la mía comenzaba con el baile de San Vito: ahora te escaldo, ahora te convierto en cubito. De cero a cien grados en menos de un segundo, obviamente la mía era el Ferrari de las duchas, pero no para bien. Comencé a dar saltos intentando no escaldarme o congelarme el culo. Intentaba quitarme el jabón, a la par que maldecía al imbécil del vecino por no saber guardar a su amiguita en los pantalones, o más bien por sacarla, cuando yo me estaba duchando.

En uno de los saltos, con el que intentaba esquivar un chorro destinado a arrancarme la piel a tiras, me enredé con la cortina del baño, con tan mala suerte que la arranqué y caí de bruces al suelo. Genial, así empezaba el lunes, no queráis saber cómo iría el martes.

Un grotesco gemido inundó mi baño anunciando que la función del vecino había terminado, seguramente su semana sería mu-

cho mejor que la mía. Me levanté del suelo y puse el agua en modo frío, no les diera por repetir como con las natillas y volviera a quemarme el trasero. Por lo menos de ese modo conservaría la tonicidad de mis pechos, que, aunque no fueran muy grandes, estaban bien puestos.

Una vez limpita y aseada, fui hasta el armario para ponerme un vestido sencillo color azul marino con florecitas minúsculas, unas sandalias de tiras y unas braguitas de algodón.

No era una mujer exuberante, así que en pleno verano me podía permitir ir sin sujetador. Las tenía pequeñas pero matonas, de esas que si pones un boli debajo se cae, indicando que las tienes más tiesas que las piernas de un Playmobil.

Me hice una cola alta, no me gustaba notar el pelo pegado a la nuca, así que casi nunca me lo soltaba: optaba por una coleta, un moño o una trenza, mucho más cómodo y práctico.

Me miré en el espejo de cabeza a pies. «Eres lo que eres, Luz», me dije contemplándome en él.

Estatura media, pelo castaño oscuro, ojos marrones, nariz pequeña, boca ancha, poco pecho, cintura estrecha y caderas generosas para lo poca cosa que era. Cuerpo de pera, decía mi madre, Dios puso la manzana en el paraíso para tentar y obviamente la pera para mordisquear, aunque todavía no había encontrado a quien quisiera hincarme el diente. Era una chica del montón, me gustaba pasar desapercibida y camuflarme entre la gente. Era más de observar que de ser observada, no era ni de arreglarme mucho ni de maquillarme en exceso, así que era una más.

Jud decía que tenía unos rasgos muy bonitos, pero ella no contaba, era mi prima, la familia no cuenta para esas cosas, puedes ser el bebé más horroroso de la faz de la Tierra que siempre dicen lo bonito que eres; está claro que miran a través de los ojos del amor y no de los que tienen en la cara.

Una de las cosas que más me gustaba hacer era sentarme en un banco, contemplar el trasiego de gente y pensar en cómo serían sus vidas. Tenía una mente disparatadamente activa, imaginaba todo

tipo de historias o situaciones, les ponía diálogos imaginarios a las parejas que paseaban por delante de mí, incluso en más de una ocasión lo hacía con mi prima. Nos sentábamos en una terraza de la Rambla armadas con un granizado de limón y nos tirábamos horas poniendo conversaciones absurdas a la gente, pasando el rato para reírnos sin más.

Adoraba a mi prima, trabajaba en una editorial donde le iba genial y además tenía un próspero negocio de bragas con mensajes. Siempre me regalaba algunas haciendo crecer mi colección particular. Ese día, precisamente, me había puesto unas de ellas que decían: «Pon tú el churro, que yo llevo la taza».

Últimamente me bombardeaba con bragas de ese tipo, supongo que era algún tipo de mensaje subliminal con respecto a mi estado; ella decía que ya era hora de que alguien me rasgara el precinto de garantía, pero yo seguía con él puesto.

Le puse la comida a *Lucifer*, una bola de angora de color gris humo con intensos ojos amarillos. Como siempre, se deslizó entre mis piernas para darme las gracias mientras yo apuraba el café y daba el último mordisco a la tostada. Le di un beso en su cabeza peluda, un par de mimos que le hicieron levantar el lomo y ronronear. Después tomé el bolso, las llaves del piso y la carpeta del trabajo para salir con paso firme a enfrentarme con el lunes.

Me dirigí en bici hasta llegar al parking donde debía recoger el coche de empresa, dispuesta a comenzar la ruta que tenía planificada. Me había propuesto cerrar por lo menos cinco pólizas ese día, o tendría complicado el mes.

Tras una mañana que ya se vaticinaba desastrosa, sólo logré venderle un seguro a Pedro, el churrero, y porque trabajé en su churrería durante un tiempo y estaba obsesionado con que le comiera el churro... Obviamente, no lo consiguió, pero dicen que la esperanza es lo único que se pierde, así que activé mis armas de mujer y logré que se pasara de Santa Lucía a Seguros Nuevo Amanecer. Menos daba una piedra. Aproveché para irme justo cuando llegaba una clienta, lo que me salvó por la campana de una cita

asegurada. Puse pies en polvorosa y me largué con la póliza firmada bajo el brazo, prometiendo pasar en otro momento. Había quedado con mi prima para ir a comer a un wok cerca de su piso. Ella iba muy bien de pasta, pero yo, que era más pobre que las ratas, tenía que mirar mucho dónde comía para no pasarme del presupuesto mensual designado para esos menesteres.

Jud estaba sentada a una mesa, vestida completamente de negro, con una camiseta de Metallica estampada en lentejuelas, unos pitillos negros y unos tacones morados. Si a eso le uníamos su cabellera pelirroja y el aro de la nariz, desde luego que no pasaba desapercibida.

—Hola, Luz —me saludó estampándome un pico en los morros. Al chino de la entrada casi se le dan la vuelta los ojos cuando vio al pibonazo de mi prima besarme en la boca.

—Deberías dejar de saludarme de ese modo, la gente nos mira. Ella bufó.

—Pufff, pues que les den, como si a mí me importara eso, que soy bollera, Luz, es lo mínimo que me puede ocurrir. —Me encantaba que mi prima tuviera tan asumida su sexualidad y que no le importara lo que los demás pudieran pensar al respecto. Ella prosiguió con su diatriba—: Cuando a las bolleras nos dan el carnet, éste lleva intrínseco varias cosas: llevamos el pelo corto, nos gustan todas las mujeres, por feas que sean; si te arrimas a nosotras se te puede pegar como si fuera la gripe, odiamos a los hombres, obviamente somos camioneras, si practicamos deporte es fútbol y lo único que comemos son tortillas, almejas y bollos.

Me eché a reír, sobre todo porque nada de eso iba con ella. ¡Si incluso era alérgica a los huevos!

—No tienes remedio.

—Ni tú tampoco. ¿Qué es ese golpe tan feo que llevas en la mejilla?

—El Superfollador ha vuelto al ataque. —Así era como llamábamos a mi vecino, pues rara era la noche que no se la pasara chingando, haciendo crujir el somier y poniendo a alguna descerebrada mirando *pa'* Cuenca y cantando *La gozadera*, porque no veas cómo

gemían las jodidas. Si la Filarmónica de Nueva York hubiera visto cómo movía la batuta, seguro que lo habría fichado para dirigirla. Una vez llegué a pensar que se estaba tirando a la mujer del hombre lobo, menuda manera de aullarle a la luna llena o a lo que tuviera el vecino entre las piernas.

—¿Esta noche? ¿Ha vuelto a no dejarte dormir y te has caído de la cama golpeándote con la mesilla?

Nos levantamos para llenar los platos en el bufet.

—No, esta vez ha sido peor. Por la mañana, me ha jodido la ducha y la que ha abrazado el suelo ha sido mi mejilla; ya sabes que si se ducha él no me ducho yo.

Jud asintió, una noche se quedó en mi piso y rabió cuando el vecino abrió el grifo del agua mientras ella estaba bajo el chorro. Mi prima soltó sapos y culebras cuando la ducha le escorchó el culo, decía que nunca se le había puesto tan duro de golpe; por suerte ya se había aclarado el jabón del pelo, no como yo.

—Ya te dije que debías buscar otro piso o quejarte al casero, es deplorable ese cuchitril en el que vives y lo que pagas por él.

Tras servirme una ensalada de algas, unos rollitos de primavera y unos langostinos cocidos, me senté en la mesa.

—Y tú ya sabes cómo está el tema de la vivienda en Barcelona. Entre los pisos turísticos y los que hacen negocio con el alquiler, mi piso es de lo mejorcito; además, puedo pagarlo y está en una zona que me gusta mucho.

El barrio de Gràcia era uno con mucha tradición y mucha alma, me encantaban sus calles estrechas llenas de edificios modernistas. Digamos que era la zona bohemia de la ciudad.

—Tú sabrás, pero el ritmo que llevas no es sano, en algún momento tendrás que decidir qué hacer con tu vida e ir a por ello.

Odiaba ese tipo de charlas y Jud lo sabía. Todo el mundo me decía lo mismo, sobre todo mi madre, parece que todavía la oigo con su «¡Lucero del Alba!»; ése era mi nombre completo, muy poético, lo sé. Mi madre lo decía al completo cuando quería regañarme, hacerme reflexionar o se enfadaba conmigo. Pues bien,

tras decirlo solía añadir algo así: «Algo tendrás que hacer. Puede que ser mamporrera en la granja de la tía Elvira no sea el mejor empleo del mundo, pero tendrías un trabajo estable y podrías quedarte en Villapene con nosotros». Mamporrera, es decir, «pajillera de cerdos», menudo futuro más esperanzador... Que no digo que hacer procrear a las rosadas criaturas no sea un trabajo digno, pero desde luego no el mío. Todavía recuerdo el verano de los dieciséis, en el que mi madre me obligó a trabajar en la granja de su hermana mayor. Hacer trabajos manuales con cerdos supuso un antes y un después en mi vida. Obviamente era algo a lo que no me quería dedicar, pero en la aldea no había mucho donde elegir y, como decía mi madre, parada no podía quedarme. Por lo menos, con aquel empleo pude ahorrar para ir a los festejos del pueblo vecino, A Feira do Monte, que obviamente era más grande que Villapene, y algo más turístico, sobre todo cuando eran fiestas.

Ese día tocaba baile con orquesta y salí con mis dos únicas amigas que también vivían allí. Nos arreglamos, nos pusimos guapas, soñando con que algún príncipe del país vecino se interesara por nosotras y nos llevara bien lejos de allí.

Aquella noche conocimos a tres chicos muy guapos que vinieron a saludarnos, nos invitaron a tomar algo, y aceptamos encantadas. Lo único que recuerdo de ellos es que eran morenos de ojos oscuros, aunque el mío era el más guapo con diferencia; además, parecía desenfadado y divertido, cualidades imprescindibles para estar conmigo. Charlamos para conocernos algo más, aunque la vergüenza me impedía mirar más allá de mis zapatos, así que apenas le eché dos o tres vistazos. Por su acento no era de aquí, había venido de vacaciones con sus amigos, estudiaban los tres juntos y habían decidido hacer una ruta por Galicia. Era mayor que yo y eso me fascinaba, que un chico mayor y de fuera se hubiera fijado en mí era todo un halago. Me preguntó a qué me dedicaba, y yo, con la naturalidad que me caracterizaba, le respondí que era mamporrera. Si lo hubiera pensado por un instante debería haberme mor-

dido la lengua, o por lo menos decirle que era estudiante, pocas chicas de dieciséis años trabajaban.

El chico soltó una carcajada. Primero pareció sorprendido, pero después cambió la expresión a una más seductora, mientras yo enrojecía a marchas forzadas. Se acercó a mí y me susurró:

—Pues entonces, preciosa, no perdamos el tiempo y saltémonos los preliminares. Si me bajas los pantalones encontrarás el mamporro de tu vida...

¡Sería merluzo el tío! Todo lo que tenía de guapo lo tenía de idiota. La vergüenza se me fue de golpe ante tal comentario.

—¿Mamporro? Eso es lo que yo te voy a dar en la cabeza como no te largues de inmediato. Si hubiera querido estar con un cerdo, me habría quedado en la granja.

Me di media vuelta y me largué sin mis amigas. Las muy traidoras prefirieron quedarse con los amigos del cerdo antes que acompañarme. Pero, lejos de desistir, Bragueta Fácil me siguió.

—Vamos, preciosa, no te enfades, era una broma.

—Claro, una que ha sacado tu cerdo interior. ¿C. J. has dicho que te llamabas? —Él asintió divertido, a mí se me llevaban los demonios—. Pues muy bien, C. J., busca a otra que le interesen tus tendencias cerdiles y a mí déjame en paz.

—Cómo os las gastáis las de Villapene, aunque con ese nombrecito no me extraña... ¿Todas os dedicáis a lo mismo? —Hizo un gesto obsceno con la mano.

Resoplé, estaba claro que Dios lo hizo guapo y profundamente imbécil.

—Mira, C. J., tengamos la fiesta en paz. No me haces ni puñetera gracia, y, perdóname, pero es que sacas lo peor que hay en mí. Si intentas hacerte el gracioso, te garantizo que vas por mal camino. Déjame en paz, sigue tu camino, que yo haré lo mismo. Los tíos como tú me dan alergia y ya me está empezando a salir un sarpullido... —Y, para enfatizar mis palabras, comencé a rascarme mientras me alejaba.

Esperaba no cruzármelo nunca más. Él fue uno de los motivos

que me impulsaron a preservar la virginidad, no pensaba entregársela a cualquier necio que apareciera en mi vida, por bueno que estuviera.

Me gustaban los chicos, pero en mi pueblo no había demasiados y los del instituto me parecían superficiales, además de inmaduros. Había puesto la esperanza en ese espécimen del sexo masculino que parecía más maduro, pero debía de estar defectuoso. Tal vez me iría mejor si me interesaran las mujeres como a mi prima Jud.

Tras esa noche y dos veranos en la granja de mi tía Elvira, tomé la decisión de que cuando acabara el siguiente curso les pediría a mis tíos si podía mudarme a Barcelona con ellos; tal vez allí aclararía mis ideas y encontraría qué hacer con mi vida. Nunca más volví a ver a C. J.; de hecho, no creo que fuera capaz de recordarlo si me lo encontraba: mi cerebro tendía a olvidar las cosas indeseables, y desde luego que él fue una de ellas.

—¿Luz? ¿Luz? ¿Sigues ahí? —Mi prima chasqueaba los dedos ante mis ojos—. Tierra llamando a Luz, hemos sufrido un apagón.

Sacudí la cabeza, me pasaba más de lo que deseaba, mi mente empezaba a divagar y desconectaba de la realidad.

—Ya sabes cuánto odio que me digas lo mismo que mamá.

Ella resopló.

—Es que a veces, y sólo a veces, tiene razón. Llevas cinco años aquí, dando tumbos con trabajos que bien podrían aparecer en la lista de los más ridículos, en vez de dedicarte a lo que realmente te gusta.

—¿Y no crees que, si supiera qué es, ya lo estaría haciendo? —rezongué—. Si llego a saber que esta comida era para echarme la bronca, me habría planteado si acudir o no. —Se me había quitado el apetito.

—Vamos, no te lo tomes así, prima, sólo pretendía ayudar, ya sabes que el tacto no es una de mis virtudes. ¿Qué te parece si te cuento cómo me ha ido el día a mí y limamos asperezas? No me gusta que estemos enfadadas.

☞ *Si caigo en la tentación, que parezca un accidente* ☞

Asentí, mejor que me contara su día que yo le contara el mío. Juro que estaba escuchándola hasta que mi mente volvió a desconectar, y esta vez se cortocircuitó por completo.

Un par de tipos entraron en el restaurante y me perdí del todo cuando mis ojos conectaron con los de uno de ellos.